

V Domingo de Pascua

Hechos de los apóstoles 9,26-31; 1 Juan 3, 18-24; Juan 15,1-8

**« Permaneced en mí, y yo en vosotros
el que permanece en mí da fruto abundante»**

6 Mayo 2012 P. Carlos Padilla Esteban

« En la vida podemos comprometernos o pasar de puntillas, sin tocar demasiado las vidas de los otros y sin dejarnos tocar »

En la vida podemos comprometernos o pasar de puntillas, sin tocar demasiado las vidas de los otros y sin dejarnos tocar. El otro día escuchaba la definición de «engagement» aplicada al mundo laboral. Este término hace referencia a ese trabajo anhelado en el que el trabajador se encuentra totalmente identificado y comprometido con lo que hace y con su empresa: «El «engagement» se refiere a la vinculación, implicación, compromiso, entusiasmo, esfuerzo del trabajador con su trabajo y, en un sentido amplio, con su organización. Se ha vinculado con un incremento de la productividad; a mayor seguridad en el trabajo, más beneficios y mayor retención del talento». En el día de S. José obrero hemos rezado por todos los que no tienen trabajo y por el derecho a un trabajo que dignifique a la persona. Esta definición debería poder aplicarse a cualquier ámbito de nuestra vida. No hay nada mejor que hacer con alegría lo que tenemos que hacer y disfrutar aquello que la vida nos pone por delante. Sin embargo, lo habitual es que no resulte tan fácil el compromiso. Hay un miedo latente a comprometer la vida para siempre. El otro día leía: «A nuestra humanidad le gusta acomodarse, privilegiar los propios intereses, buscar seguridades personales e incluso vivir de rentas. Crecer significa ser capaz de arriesgar las seguridades conseguidas y renunciar a las propias comodidades, negarse a vivir de las rentas. Dios es un «siempre más». Si uno ofrece a Dios su libertad, su capacidad de elegir el bien mayor, convivirá con un Dios de mochila y botas de montaña. Si uno dice hasta aquí y convierte su vida en disfrutar de su confortable jardincito privado, se volverá sordo a los reclamos de Dios que le pide conquistar el horizonte»¹. Es como si, *al dar nuestro sí definitivo al compromiso, estuviéramos perdiendo algo de nuestra vida, de nuestra privacidad, de nuestro tiempo*.

Por eso cuesta tanto decir que sí a un compromiso para toda la vida. Y, por supuesto, es igualmente difícil decirle que sí a Dios, siempre, en toda ocasión, sea lo que sea lo que nos pida. Una persona comentaba: «Me produce un nudo en el corazón constantemente mi miedo a decir al Señor que no. Miedo a que el Señor me pida algo extraordinario. Sólo pensar en la hipótesis, ya me produce un nudo. Creo que al Señor le coplace mi nudo, para que me desmorone y me abandone completamente, y así me purifique». El miedo a decirle que sí a Dios surge cuando tememos las consecuencias de nuestro sí. Se nos amplía demasiado el horizonte y nos pone inseguros. Entonces surge el miedo a decir que no, porque no nos sentimos con fuerzas para cargar una cruz sobre los hombros en todo momento. Es necesario que aprendamos a vencer nuestros miedos. Las palabras de una persona audaz nos animan: «Yo quiero y necesito vivir con esa intensidad de entrega, aunque me deje la piel a tiras. Yo creo que sólo vivimos una vez y hay que gastarse a tope por Él». No tenemos que ahorrar esfuerzos siguiendo al Señor, ni temer perder la vida en el intento. Nuestro sí es un sí sencillo y confiado, un sí comprometido. *¿Estamos dispuestos a darle a Dios todo lo que nos pide?*

¹ Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 118

¿Y si nos exige que lo demos todo sin reservas? ¿Somos capaces de decirle siempre que sí?

Nuestro compromiso no acaba en nosotros mismos, es un compromiso con el mundo, con los hombres. Por eso es tan necesario aprender a ser solidarios, de forma especial en este tiempo de crisis que nos toca vivir. No estamos solos, formamos parte, aún sin darnos cuenta, de una gran familia. Lo que hagamos o lo que dejamos de hacer, repercute en los demás. Nuestro pecado no es indiferente, somos parte del cuerpo místico de Cristo, somos una familia unida en un solo Dios. Todo, lo bueno y lo malo, nuestras buenas obras y nuestras caídas, tienen una repercusión. A veces nos olvidamos. Y preferimos no actuar, acomodándonos y dejando pasar la vida. Jean Vanier nos invita a optar por el bien y a socorrer al necesitado: « *Jesús ha curado y ha hecho el bien a tantas personas! En efecto, es importante ser generoso, dar sus bienes a los pobres, compartir su vida. En el lavatorio de los pies, Jesús muestra otro camino, el camino de la pequeñez y de la humildad. Y lo hace justo antes de partir hacia la agonía. Pero él nos cura y nos introduce en su reino con esa pobreza y esa pequeñez última. Nos pide que penetremos en ese misterio mediante la gracia del Espíritu Santo*»². La solidaridad surge del corazón que ha experimentado la misericordia en su propia vida. El corazón codicioso, que rehúye la docilidad y no quiere aceptar su realidad, no es capaz de abrirse a la necesidad de los que lo rodean. Porque no ve la necesidad de los demás, al vivir centrado tan solo en sus necesidades y egoísmos. Vive tratando de satisfacer sus deseos personales. Cuando cambiamos la mirada, cuando nos detenemos a mirar cerca de nosotros, en nuestro mundo más próximo, descubrimos la necesidad. La solidaridad se hace concreta. Derribamos el muro que nos separa de los otros y tendemos lazos. Ser solidarios es el camino para dar fruto, para despertar la presencia del amor de Dios en muchos corazones. **Desde nuestra pequeñez descubrimos todo lo que puede hacer Dios con nosotros si le dejamos actuar.**

Por eso hay un solo camino para poder vivir la solidaridad: ser dóciles a la Palabra de Dios. Así Él hará de nosotros instrumentos válidos. Instrumentos abiertos y generosos. Instrumentos aptos en manos de Dios. Si permanecemos en Él, Él nos hará fecundos. Para ello, tenemos que dejar que Dios nos cambie el corazón. En esta época de crisis, el corazón tiene un peligro, puede replegarse sobre sí mismo y buscar egoístamente su propio bien. Desea conservar, ahorrar y guardar, sin pensar en el que más sufre a su lado. El P. Kentenich hablaba de la importancia de los vínculos en el mundo en que vivimos para vencer el aislamiento egoísta del corazón. Un mundo en el que no hay solidaridad es un mundo de corazones desarraigados, un mundo de vínculos muy débiles, en el que cada uno vive en su burbuja individualista: « *La falta de vínculos es la enfermedad de nuestro tiempo. Mientras más se cortan los vínculos que existen, tanto más necesario se hace hoy el cultivo de los vínculos. El hombre moderno está muy poco vinculado a las cosas a las que, por voluntad de Dios, debiera estar vinculado. Por eso tendríamos que acentuar los vínculos locales y personales. El hombre actual tiene que vincularse más a las personas*»³. Deberíamos preguntarnos continuamente si somos solidarios con los más necesitados. Si nuestros vínculos nos llevan a darnos. La imagen que hoy nos acompaña expresa muy bien nuestra realidad como cristianos. Somos todos sarmientos de una misma cepa, la viña del Señor. Asumir que vivimos de la misma fuente, que tenemos un mismo Padre y una misma Madre, nos alegra el corazón. A partir de ese momento no podemos permanecer indiferentes. El dolor y el sufrimiento de los demás no nos resultan ajenos. Sufrimos con el que sufre, padecemos con el que padece. Hay muchas familias cercanas en situación precaria. Sabemos que muchas veces pasamos de largo sin hacer nada, sin dejarnos tocar por su dolor, sin tocarlos. **¿Cómo enfrentamos los desafíos de la crisis en la que estamos inmersos? ¿Cómo ayudamos a los que más lo necesitan en esta crisis?**

² Jean Vanier, “Amar hasta el extremo”, 146

³ J. Kentenich, “Manual del dirigente”

Muchas veces nos cerramos en nuestro egoísmo porque desconfiamos de los demás o porque hemos experimentado la desconfianza en nuestra vida. Lo sabemos, la desconfianza hace mucho daño. Incluso aunque la desconfianza tenga sus razones muy justificadas. Pero, ¿Quiénes somos nosotros para juzgar y condenar? ¿Por qué somos tan ligeros y rápidos para quitarles nuestra confianza a las personas cuando nos fallan una vez? Los apóstoles no se fiaban de Pablo con razón, porque habían sido testigos de sus crímenes: «*En aquellos días, llegado Pablo a Jerusalén, trataba de juntarse con los discípulos, pero todos le tenían miedo, porque no se fiaban de que fuera realmente discípulo.*» Saulo, nombre por el que era conocido antes de su conversión, perseguía a los cristianos y era conocido por su espíritu estricto y cumplidor. Actuaba con la seguridad de pensar que era Dios quien se lo pedía. Él tan sólo obedecía sus mandatos. Por eso surge la desconfianza de los demás respecto a sus intenciones. ¿Cómo era posible un cambio tan rápido? Dudaban. La desconfianza se vence cuando nuestra vida es coherente. Cuando nuestros actos ratifican lo que decimos. Así le ocurre a Saulo: «*Saulo se quedó con ellos y se movía libremente en Jerusalén, predicando públicamente el nombre del Señor. Hablaba y discutía también con los judíos de lengua griega, que se propusieron suprimirlo. Al enterarse los hermanos, lo bajaron a Cesarea y lo enviaron a Tarso. La Iglesia gozaba de paz en toda Judea, Galilea y Samaria. Se iba construyendo y progresaba en la fidelidad al Señor, y se multiplicaba, animada por el Espíritu Santo*» *Hechos de los apóstoles 9,26-31.* Sus obras hablan más que sus palabras. Su fidelidad se va tejiendo de compromiso y entrega. Es la muestra más grande de la nueva vida que ha comenzado cuando fue tirado del caballo. Pero también se vence cuando otros comienzan a fiarse de nosotros y defienden nuestra verdad. Por eso Dios usa a Bernabé como hombre de confianza: «*Entonces Bernabé se lo presentó a los apóstoles. Saulo les contó cómo había visto al Señor en el camino lo que le había dicho y cómo en Damasco había predicado públicamente el nombre de Jesús.*» La conversión de Saulo se hace vida en las obras de Pablo y en las palabras de Bernabé que cree en él. La confianza de Bernabé es un testimonio que da credibilidad a Pablo. Es necesaria la confianza de los demás para poder ser fieles en lo que Dios nos pide. Cuando confían en nosotros todo cambia, crece nuestra confianza. Nos sentimos más fuertes y más capaces. **Sin embargo, cuando desconfían, cuando sobre nuestras obras se cierre un halo de sospecha, todo es más difícil.**

En todo caso queda claro que la coherencia tiene que caracterizar nuestra vida. No queremos vivir en la apariencia sino sólo en la verdad. Así lo expresa S. Juan: «*Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino de verdad y con obras. En esto conoceremos que somos de la verdad y tranquilizaremos nuestra conciencia ante él, en caso de que nos condene nuestra conciencia, pues Dios es mayor que nuestra conciencia y conoce todo. Queridos, si la conciencia no nos condena, tenemos plena confianza ante Dios. Y cuanto pidamos lo recibimos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Y éste es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo, Jesucristo, y que nos amemos unos a otros, tal como nos lo mandó. Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio*» *1 Juan 3, 18-24.* Se trata de la fidelidad a Dios y a sus mandatos. Así lo hemos repetido en el salmo: «*Cumpliré mis votos delante de sus fieles.*» Aprender a vivir en la verdad, en la fidelidad a lo más auténtico que hay en el corazón, es el camino. Dice el P. Kentenich en el Cántico del Terraño en el «*Hacia el Padre*»: «*¿Conoces aquella tierra, ciudad de Dios, donde reina la veracidad y la verdad domina todo y sobre todo triunfa?*» Es el mundo de la verdad tan ardientemente anhelado. Pero muchas veces es la mentira y la falsedad las que reinan a nuestro alrededor. Frente a ese mundo ideal, nuestro mundo huye de la verdad y descansa con frecuencia en la mentira. Mentir es una moneda de cambio habitual. Muchas personas se confiesan de este pecado con naturalidad y lo tienen totalmente integrado en sus vidas. Casi no parece ni pecado. Mentimos para sobrevivir, porque no soportaríamos que nos trataran de acuerdo a lo que de verdad somos. La mentira se convierte entonces en un mecanismo de defensa, en una máscara que protege la fragilidad de nuestro interior. Somos muy sensibles y, gracias a

nuestra apariencia, protegemos nuestra debilidad; es un perfecto maquillaje. Sin esa mentira tal vez muchas personas no podrían vivir en paz con su propia vida, con sus limitaciones, con su físico. La verdad duele demasiado y nos confronta con nuestra pobreza. **Aceptar la debilidad y el pecado nos parece una locura.**

Hoy recordamos algo esencial en nuestra vida: Cristo es la verdad, es la vid verdadera: «*Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador*». Si Cristo es la vid y nosotros los sarmientos, si la verdad está en Él y no fuera de Él, sabemos que necesitamos volver a Él continuamente como nos lo recuerda el salmo: «*Los desvalidos comerán hasta saciarse, alabarán al Señor los que lo buscan: viva su corazón por siempre. Ante él se postrarán las cenizas de la tumba, ante él se inclinarán los que bajan al polvo. Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá, hablarán del Señor a la generación futura, contarán su justicia al pueblo que ha de nacer: todo lo que hizo el Señor*» Sal 21, 26b-27. 28 y 30. 31-32. Vivir en Cristo significa entonces aprender a vivir en la verdad. Cuando nos alejamos de Él, cuando no vivimos a su lado, nos alejamos y perdemos el rumbo. Permanecer en Él es permanecer en la verdad, en nuestra propia verdad. Vivir lejos de Él supone vivir al margen de la verdad de nuestra vida. Pero, para experimentar que necesitamos de Dios, de su verdad, tenemos que reconocernos débiles y frágiles en nuestras caídas. Es la experiencia de los llamados por Dios para vivir a su lado. Dios llama a vivir con Él a los pobres y desvalidos, a los que no se sienten seguros ni orgullosos, a los que no ponen su fuerza en su propio poder. Decía el P. Alex Menningen: «*Los llamados de los profetas del Antiguo y del Nuevo Testamento tienen una característica común. Se convoca a hombres que han tenido previamente la experiencia de contingencia de su condición de criaturas: limitación, desvalimiento, pequeñez, vulnerabilidad e inseguridad propios del ser creado. Se alude asimismo a la insuficiencia de la criatura a la hora de volverse hacia la salvación que se le ofrece. Porque Dios hace surgir de la nada sus obras salvíficas*». Es la experiencia de debilidad la que se expresa a través de la imagen de la vid y los sarmientos. Los sarmientos se secan si no permanecen unidos a su fuente de vida y salvación. La Vid, la cepa, necesita de los sarmientos para dar su fruto. Si no permanecemos unidos a Dios nuestra vida interior muere. Benedicto XVI comenta las causas que acaban secando nuestra vida interior: «*Las demasiadas ocupaciones, una vida frenética, acaban muchas veces por endurecer el corazón y hacer sufrir al espíritu, decía San Bernardo. Son palabras muy importantes para el hombre de hoy, acostumbrado a evaluar todo con el criterio de la productividad y la eficiencia. El rezo es la respiración del alma y de la vida*». La fecundidad de nuestra vida es posible si permanecemos en Cristo, si respiramos unidos a Él en la oración. **Si nos alejamos de su verdad y de su vida nos acabamos secando.**

Son muchas las actividades y circunstancias que nos alejan de nuestro centro. Hoy vivimos muy descentrados. Nos agobiamos por la vida, nos distraemos sin dar valor a lo importante, sólo buscamos satisfacer nuestras necesidades y no ponemos a Cristo en el centro. Él, por su parte espera fruto de nosotros, espera que la vida que nace de Él fluya en nuestro interior: «*A todo sarmiento mío que no da fruto lo arranca, y a todo el que da fruto lo poda, para que dé más fruto*». Cuando no damos fruto, cuando estamos secos, Cristo no puede hacer nada con nuestra vida. Por el contrario, si damos fruto, nos poda, quita lo que está seco y permite que surja la vida. Hoy nos muestra el camino. En primer lugar nos recuerda lo importante que es escuchar su voz y permanecer en la vida que brota de su corazón: «*Vosotros ya estáis limpios por las palabras que os he hablado; permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante; porque sin mí no podéis hacer nada. Al que no permanece en mí lo tiran fuera, como el sarmiento, y se seca; luego los recogen y los echan al fuego, y arden. Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseáis, y se realizará. Con esto recibe gloria mi Padre, con que deis fruto abundante; así seréis discípulos míos* Juan 15,1-8. Es el fruto como consecuencia de la fidelidad a nuestra fuente

de vida, como expresión de nuestra verdadera pertenencia. Decía el P. Kentenich: «*Sólo tengo que esforzarme con sencillez. Lo demás lo alcanzaré, en lo que a mí me corresponde, si con actitud filial atraigo sobre mí la bondad paternal de Dios*»⁴. Si somos hijos, si nos hacemos dóciles, permaneceremos en Él, en su verdad. **Si, por el contrario, damos más importancia a otras cosas, nos alejaremos de la raíz y no podremos hacer nada.**

No obstante, pensamos hoy en tantos esfuerzos que no traen el fruto esperado.

Pensamos en la entrega y en el sacrificio que exige siempre de nuevo volver a comenzar. Pensamos que no basta con entregar nuestra vida para que haya fruto. El fruto no es nuestro. Dios sólo nos pide que seamos fieles, que permanezcamos unidos entre nosotros y unidos en Él, que no nos alejemos. El fruto surge de su interior. Muchas veces cuesta esa fidelidad que exige volver a empezar siempre de nuevo sin ver el fruto. Esa fidelidad que nos lleva a cargar con la cruz sin pensar en el esfuerzo. Recuerdo las palabras de una madre al sufrir por el dolor de su hija. Sentía la impotencia y le costaba volver siempre de nuevo a comenzar: «*Me gustaría saber una cosa: ¿acaso no se enervaba Sísifo, no vociferaba y golpeaba la tierra rabiosamente cuando la roca, que tanto le había costado subir a la cima, bajaba rodando la pendiente y se estampaba contra el suelo? ¿O se limitaba, impertérrito, a recuperar la piedra y reanudar su ascenso, como si nada? ¿Incansablemente? No tenemos tiempo de buscar la respuesta. Recogemos los trozos y recomponemos un equilibrio improvisado*»⁵. A veces sentimos nosotros algo parecido. Miramos nuestra vida, con sus cruce y fatigas, y nos cuesta pensar en volver a empujar la piedra, cada mañana, como si fuera la primera vez. Quisiéramos golpear el suelo con rabia. Dios nos pide esa fidelidad pesada de cada día. El cansancio que nos hace dudar. El P. Kentenich nos habla de una fe audaz, valiente: «*Se trata de una fe en la Divina Providencia que no solo detecta los planes de Dios sino que también los realiza. ¡Hay tareas que llevar a cabo! No es una fe que simplemente sobrelleva y soporta, sino que también nos da tareas previstas en el plan de Dios para nosotros, nos confía la labor de hacer realidad la misión que hemos descubierto. Y hacerlo con todas nuestras fuerzas*»⁶. Nuestra fe en la conducción de Dios nos hace volver a confiar, volver a empujar, sabiendo que es Dios el que construye. **Pero necesitamos poner todas nuestras fuerzas, toda nuestra vida, nuestra audacia y valor, al servicio de Cristo.**

Hoy celebramos a todas las madres y las recordamos con cariño. Recordamos a nuestras madres, que han entregado todo por nosotros. Recordamos a todas las madres que sufren, que se desgastan, que cargan con alegría y fidelidad la vida que llevan en sus manos. Las madres reflejan la actitud que me comentaba una persona: «*Siempre veo el mundo sobre mis hombros, veo que la felicidad de mi familia depende de mí, de que yo esté animada. Soy incapaz de perseverar en la alegría de ser instrumento. Me doy cuenta que es más lo que hace María prescindiendo de mí de lo que yo puedo hacer*». De forma especial recordamos hoy a María, nuestra Madre del cielo, que nos cuida en nuestro caminar. María es el camino más directo hacia Cristo, María nos sostiene y nos alienta en el dolor. María no es un obstáculo, no oculta el rostro de Cristo, muy al contrario. Decía Juan Pablo II: «*Antes, yo me mantenía en el temor de que la devoción a María, pudiera opacar a Cristo, en lugar de cederle el paso. A la luz del tratado de Grignion de Montfort comprendí que en realidad se daba de otra manera. Nuestra relación interior a la Madre de Dios resulta orgánicamente del vínculo al misterio de Cristo. No es entonces que el uno impide ver al otro*». Decía San Luis María Grignion de Montfort: «*El entregarse así a Jesús por María es imitar a Dios Padre, que no nos ha dado a Jesús sino por María*»⁷. Por María queremos llegar al corazón de Jesús en este mes. **Queremos dejar que María nos acoja como Madre y transforme nuestra vida.**

⁴ J. Kentenich, “Las fuentes de la alegría”, 263

⁵ Anne-Dauphine Julliand, “llenaré tus días de vida”, 123

⁶ J. Kentenich, “Dios presente”, 109. 111

⁷ San Luis María Grignion de Montfort, “El secreto de María”, 49